

A R D E
B A B E L

Camila Charry Noriega

A R D E B A B E L

Camila Charry Noriega



Colección



Arde Babel

Camila Charry Noriega

Primera edición en México, 2019

Colección Limón Partido

Proyecto Literal

Edición: Jocelyn Pantoja

Literatura y alternativas
en Servicios Editoriales, S.C.

Av. Melchor Ocampo #379, Col. Romero de Terreros

Coyoacán, 04310

Ciudad de México

editorial.literal@gmail.com

ISBN: 978-607-8529-44-5

Diseño de Arte de la Colección:

Hernán García Crespo

CAJA
TIPOGRÁFICA

Diagramación: Pablo Díaz

Producción editorial: Ana Rodríguez

Todos los derechos reservados.

Impreso en México.

Somos consecuencia de la Torre de Babel: de la confusión, de la diversidad y de la ambición humana que termina colapsando por su propia falta de medida. Creímos que ganábamos el cielo siendo buenos esclavos, ignorando la materia propia que nos hablaba desde lo profundo. En las palabras sepultadas bajo las ruinas de nuestras pretensiones se esconden las raíces que permiten crear de nuevo nombrando lo que nos falta.

Vivimos en una época que cree que el exceso de trabajo nos permite atrapar logros que se esfuman entre nuestro cansancio. Las aparentes libertades se liman hasta extinguirse por la fricción de los ritmos de consumo y contaminación. Por fortuna aparecen allí voces como la de Camila Charry, *en medio de la sed y a la intemperie*, construyendo con sus palabras un espacio de paz y horror, secretos y manifiestos, paradójico y propio (tal vez lo único propio), que es una casa.

En estas páginas los muros propician el calor perdido porque esconden los recuerdos de los perros y su lengua mansa; las ventanas asfixian insectos que, en su lucha inútil, hacen sospechar lo efímero y poderoso del deseo. Aquí está permitido fumar (permiso cada vez menos frecuente en hogares tan impecables como infértiles) mientras en las ramas de la tarde trinan pájaros que abren heridas a pesar de su belleza. A esta casa la levantó una voz sin polvo, que reconoce en las palabras (en las propias, no en las domesticadas por el mercado o la conveniencia) un aliento que hace arder lo que ha vencido el viento, renovándolo para nuevos tormentos o un nuevo episodio del tedio.

Este nuevo centro también está lleno de espacios para ritos. Y para celebrar los ritos, para recuperar lo sublime, nada más propicio que la poesía. Al menos por allí se debe arrancar siempre. Por los pasillos de esta casa se enseña a mirar de nuevo el sonido de los ríos, a templar en la raíz torcida todo el cansancio de los días.

La poética de Charry me parece una ofrenda a un mundo y a sus matices, pues permite mirar directo a los ojos de las paradojas. Nuestra tranquilidad de sombras, porque entre las cenizas nos queda una música, unas palabras y su fluir hacia la luz última. Gracias a estas páginas nuestra soledad de ahorcado se apropia de las formas de la nostalgia y la maravilla. Podemos afianzar aquí nuestro difuso legado para acercar lo remoto de la vida. Porque, lo dice Camila y lo saben las ruinas que palpitan, *lo simple reconoce en el espíritu su morada*. Y el espíritu, sabemos todos, no se acobarda ante llamas, horas o dolores.

Robert Max Steenkist

A Enrique, Abril y Lía con quienes la vida ha sido un soplo de luz

La palabra ha muerto,
sin ella
¿Cómo nombrar a Dios?
En el silencio,
en la ausencia de palabra
el mundo flota como una idea ensombrecida,
virtuosa
y también Dios,
su lenguaje hecho de capricho humano
de humana incertidumbre.
Ahora, cuando no hay palabra
cuando el lenguaje abandona
su servidumbre,
su súplica,
aún digo:
—Dios, sálvame de tu furia, dame luz y sed
protégeme de mí misma,
aunque sea haz que en mí, las palabras digan algo
traigan algo
revelen alguna verdad
si es que acaso existes—.

Arde Babel

Por eso escarban durante la noche
pasan la manos sobre las piedras ciegas;
buscan la herida inicial,
el signo que eleve
y coagule tanto abismo, tanta altura desbordada.

Nada cuesta más que a la luz
suturar lo que el fuego ha devorado.

Escarban como si en lo hondo
bien arriba
habitará el sosiego o su réplica.

Hueso suelto

Es el hueso suelto
una palabra sin nombrar
y en su tuétano
habita Dios de ojos turbados.

Su voluntad es equivalente a la de todo: el deseo.
Y aunque padece las ansias de la carne
más fiero que cualquier mortal,
se retuerce sobre los que aman.

Nada lo conmueve,
quizá la piel brillante
de las jóvenes que tiemblan bajo el temporal
o la incrédula mirada de los que mueren en la guerra,
no los niños, ni los perros
no las madres desgarradas de dolor,
no.

Por eso dicen los que saben:
mejor cantarle a la tiniebla en la montaña
al cardo en el camino
al sol que enciende el hocico de las hienas.

Nada lo complace más
que los hombres hincados
por desear la pulpa abierta,
la víscera rasgada de los otros.

Y cuando todos imploran se hincha;
es el hueso que se llama como él.

Nada hay que más le alegre
que en los templos los hombres
incapaces de humana soledad,
de dolor humano en lo humano.

Cuando caiga la última palabra

bajo el puente y entre los animales muertos
puertos que hemos olvidado,
aun existirá el recuerdo de la juventud
para constatar que se ha dejado la piel ante el templo.

El amor como el más fiero de los mares
nos devolverá a los pies el esqueleto tibio
de lo que la vida reclamó
para que la felicidad o el tedio
hicieran de nosotros.

Lo desaparecido

Ahora que ha bajado la marea
nombramos estos huesos
pulidos por la lengua de la sal.
Son vértebras que el oleaje no sorteó
y brillan sobre la arena calcinada.

Lejos, en el litoral,
la carne flota
resplandece también,
pero su claridad
es la de una flor crepuscular
que aprecia del fondo
la certeza de lo desaparecido.

La música esa otra luz

La casa caprichosa se mece,
equilibra su peso con el de la tarde,
ordena a sus muertos
duerme a sus niños
para que vuelva la fortuna.

En el pueblo
la gente cree ver la imagen de un dios
en las paredes.
Al amanecer se afilan las manos
para desentrañar ese rostro en el abismo que la piedra guarda.

Cada tanto cruzan el umbral los visitantes;
la cabeza descubierta a pesar del polvo
y llegan con su canto
porque la música es otra luz jubilosa
después de tanta espera.

Cada tanto se desprende del cuerpo la palabra;
fractura apenas perceptible
entre lo humano y lo animal
que regresa el orden a las cosas.

Repite que todo pertenece al mismo barro,
que afuera
a la intemperie,
todo convulsiona con la misma intensidad
como la misma resistencia
al hambre, a la espera.

Apariciones

Qué mueran los dioses, pero no ese temblor de las hojas donde nacen.

Nicolás Gómez Dávila

Como signos los dioses,
su voz sin polvo en las palabras
su voluntad que se vacía y reverbera sobre la vegetación
después de la lluvia;
su ardor en el corazón de mi perro que palpita;
en el reverso de un derrumbe
que quiebra la razón de lo dispuesto a caer.

Están los dioses en las cosas más sencillas.

En la tenacidad del sol
que incendia la tarde y muere trágico
sobre la carne y en los ojos.

En el cuerpo que se hunde entre la hierba
agitada por el viento que ondula;
en esa limpia ceremonia
que es abrirse el pecho y pasar
lenta la lengua
hasta que ese tentáculo prodigioso
de las entrañas descosa la canción.

Revelación

A Juan Guillermo y Camilo

Éramos tres y la calle,
pronunciábamos entre el vino
aquello que nos hace humanos:
el amor, la muerte, el tiempo.

De esquina a esquina
como si ese breve espacio fuera el mundo
y la ebriedad un útero oscuro,
nos mirábamos incrédulos
advirtiendo en el otro
la revelación de esa voluntad voraz,
fortuita
que lo mueve todo.

Se intuye el mundo en lo hondo que se esfuma
desde lo que tiembla vertiginoso en la palabra
lenta e incapaz de acercarse a esa vorágine.

Las calles del ebrio
en perpetua fuga
se caminan hacia el fondo y calladas.

Cuando sobrevienen la vigilia
la resaca, el hartazgo,
probamos otra vez
encajar como una vértebra
en el esqueleto del mundo.

Lección de vida

Un par de moscas
se frotan y copulan contra la luz.

Observamos
fascinados
el deseo en todo lo que existe.

Ayer apenas nacían.

En este instante luminoso
cuando arden
y sus alas se deshacen contra el cristal de la ventana,
sospechamos la vida.

Calvario

La res se tiende sobre la hierba y espera la herida
la luz del cuchillo;
ese segundo de olvido que conduce a lo otro.

Para evitar el hambre
la madre sumerge el rostro de su hijo
en las entrañas tibias de la res;
ese universo de carne y vísceras.

En los ojos abiertos de la res muerta
el niño se contempla un instante
y comprende sus propios ojos,
su voz sorda
deformada por su aliento
y por el aliento último de todo lo que existe.

Fuego de los días

De espera en espera consumimos nuestra vida.

Epicuro

Por acá todo es casi fuego a diario,
el perro olfatea en la cocina
las cenizas de la luz;
eso es la desaparición
la ausencia de la lengua sobre el pan,
los ojos que desean lo que se hunde
en el misterio del mundo.

Yo no sé si es bueno nombrar,
yo no sé,
pero a veces
cuando amenaza el fuego lo más elemental,
uno se pregunta si de esa manera debe ser todo.

En la cocina
la tetera canta exasperada
y el olor a hierro quemado es el único vestigio
de un agua seca y reseca,
inexistente
entre el fondo negro de la olla.

Otro día es un cigarro que encuentra entre silbidos
el blanco corazón de la colilla que se ahoga,
allí el fuego es pasado,
certeza limpia.

Así también pasa con el cuerpo
y uno sigue preguntándose
qué lo quemará:
una enfermedad en los pulmones,
un carcinoma,
un balazo, una traición.

Quién sabe qué extraño fuego
acabe esta espera.

Segovia

Los perros también se acercaron
pero el hedor los alejó,
a ellos, que han aprendido a destilar de lo amargo
el amable vapor de la belleza.
El cuerpo ladeado se entregaba al abismo
suspendido de una rama, sus pies se sacudían bellamente,
la cabeza inclinada hacia los ojos de sus padres
parecía vieja, aguerrida
en ese cuerpo hinchado y extraordinariamente joven.

Abierto el vientre dejaba ver la sangre seca que retenía
los órganos
como una mueca generosa de la muerte.

Los padres se balanceaban abrazados
tristísimos sobre sus propios pies
bailaban al ritmo del cuerpo que pendía de la rama.

Éxodo

Con la lluvia
llegó también el polvo.

En los párpados de los recién aparecidos
resplandecía la tierra hecha tempestad;
polvo que se había fijado
como la imposibilidad de lo disuelto
y los despellejó
cuando la casa no tuvo más remedio
que sacudirse y arrojarlos.

Una tarde
sin preámbulo,
cubrió los muebles
el tocador saturado de arpones
y los objetos de cocina
que oxidados ya,
empezaron el descenso antes que los otros.

Los pájaros fueron los primeros en partir,
desde la cerca observaron aquella borrasca
que se había iniciado como pequeñas palabras
que van cayendo desde lejos
hasta inundar la página.

Lejos,
los árboles enmohecidos.
Esa fue una de las visiones más terribles
antes de alejarnos,
incólumes y honestamente solos
contemplaron por última vez la claridad.

Todo se fue hundiendo
en lo remoto de la vida.
—Todo se fue borrando—,
contaron los extranjeros,
—solo nos quedó este espanto
de hombres que envejecen
y trazan sobre lo ausente
la tenacidad de un símbolo—.

—Quizá la próxima vez
alcancemos a cubrir los árboles
para que no nos vean marchar
mientras se ahogan;
quizá la próxima vez
podamos echarnos a la espalda
algunos hierros
para desenterrar lo que se pueda,
si después hay tiempo—.

Intemperie

Afuera
mi padre a la intemperie
no cabe en su cuerpo,
es tiempo y recuerdo.

Afuera, solo,
sabe que su marcha
a sus casi ya 70 años
es la del río al revés.

Canción de la abuela

Mi abuela canta en el balcón,
su voz no me conmueve
es rancia y está vencida por el viento.
Todos deben escucharla,
dice que está loca y que tiene derecho a cantar.

Su canción es parecida a un salmo
y por eso la desprecio;
le grita desde el balcón al panadero:
—¡arroja el pan a los gusanos!—.

Está loca,
dice que un dios alucinado
olvidó, entre tanto, dar a su palabra
la veracidad del fuego que quema lo que toca.

Los caminantes y yo misma
descreídos la miramos,
su voz lo ocupa todo
incluso hace arder el pan que tiembla
entre el barro, vivo, renovado
al acervo de las fieras.

Brillo de lo triste

Mi madre
hunde en el polvo
lo triste
aunque su brillo
nos hizo amar tantas veces la vida.

Centro de la casa

*Finalmente descubrimos que corremos en pos de sombras tan efímeras como
inconsistentes y no podemos encontrar nada que sepa satisfacer a la nostalgia...*

Arthur Schopenhauer

La casa queda en la frontera.
El salitre sustituye la materia
que los ojos en otro tiempo
llamaron luz.

Sobre la piedra hundida
el salitre, por el peso de la hierba
se coagula.

Hemos olvidado todo.

Quisimos echar el río atrás,
devolverle a los huesos su peso,
recobrar el aire que los suspendió un momento
y los batió ahogados entre la carne.

Pero la casa en la frontera
fue devorada por la hierba
y las fieras la habitaron.
Las vimos acomodarse,
abrir sus fauces,
tajar lo que quedaba.

Nos sucedieron y olvidamos.

La médula rebanada
bien adentro,
siempre fue el centro de la casa.

Variable

La claridad de una palabra
surge del hambre.
No se puede escribir con el estómago lleno,
dice Henry Miller.
Se escribe con la entraña lacerada
en medio de la sed y a la intemperie.

Yo escribo en mi casa
que flota entre el humo
y pensando en el hambre que no tengo hoy.
Escribo desde la sed y a la intemperie
aunque no parezca esta geografía
de muebles y de libros un desierto.

Un amigo dice que la punzada
es siempre la misma en el estómago
y que la abundancia proviene a veces
de una extraña fiebre
que hace colapsar;
de la impotencia de presentir en las palabras
un más allá que no se alcanza.

La exuberancia, no la aridez
y su esquiva sustancia,
también sostiene el poema;
las palabras son a veces simplemente
la imagen de un pozo, una nube
o un símbolo que los años mudarán.

Chengue

En la radio anuncian que han tomado el pueblo.
Que hubo explosiones
restos de carne que se estrellaron contra otros cuerpos.
Que todo fue muy rápido.
Que las gallinas dejaron en el aire
sus plumas como un ala de neblina
que no permitió ver con claridad,
después de arder bajo el estallido,
cuántos muertos fueron.
Que fue un horror no haberlos visto bien.
Que deberán regresar en la madrugada para contar los cuerpos
adivinar las formas entre los fragmentos
en pleno domingo,
sin día de descanso,
sin recibir un pago adicional.

Dijeron, en la radio, que la vida nunca es justa.

Cuerpo adentro

El agua mece la casa.
La oscuridad
tren silencioso,
cruza y tantea los huesos.

Los habitantes observan desde los rincones
acostumbrados ya,
al vértigo que les produce
ser la estación de lo que fluye.

Las paredes son de piedra
también los objetos más elementales:
las sillas
la mesa
las camas
los cuchillos afilados por si vuelven las fieras,
también las lámparas que cuelgan de los techos,
manos abiertas,
se encienden cuando la luz las nombra.

Todo lo demás es de carne.

El agua llena todas las habitaciones,
se abre paso a través del cuerpo
y nadie teme,
han aprendido que cuando roce sus cuellos
flotarán
y chocarán los muslos, las cabezas, los pies inertes
 (pequeños pájaros que convulsionan en un pozo)
y siempre habrá carne que se afila
contra el borde de las piedras.

El agua mece la casa hasta el amanecer;
 luego vuelven las tareas cotidianas:
despertar a los ahogados
servir en los platos minúsculas algas
limpiar con las escobas la oscuridad de los rincones
 desprender de los ojos la humedad
las visiones:
carne sobre carne el aliento humano
carne lamida,
despeñada.

Escribo

desde la desgarradura de la tarde
cuando el último pájaro
trina en una rama
mientras lo imagino.

Observaciones felinas

Un gato se desliza a través de la luz.
Se detiene y de frente mira el resplandor;
intuye la posibilidad de la sombra
revelada en su ausencia.

La eventualidad de la sombra
más real que la materia iluminada,
se precipita.

Paciente espera la noche
y observa cómo
entre la tiniebla de sus visiones
los hombres
se sueñan animales.

Por estar vivos
nos desnudábamos
y reconocíamos
la furia en la espesura de la noche
y era por este apego a la carne
que día tras día
las manos quemadas por tanto sueño
arrancaban de las espigas
la luz roja de la tarde.

La belleza

De lo bello nos conmueve
su feroz manera de palpar
la herida que es el hombre.

Esa es la belleza;
a la intemperie aceptar de ojos abiertos
la vastedad de lo que llega.
Voluntad ciega que nos eleva fuera de los signos,
que nos iguala al parto de las cosas
llamadas a durar apenas el instante
en que se duelen pero cantan.

Bajo la lluvia

Murió, la semana pasada, mi perro.
Lo simple reconoce en el espíritu su morada.
Pasan los días y sus noches, le oigo aullar desde su paz.
Desde mis manos, la ausencia de su hocico
hereda el sitio donde durmió.

Bajo la lluvia todo parece menos cierto
y a veces un temblor
me obliga a creer que me sigue
que olfatea mi tristeza y busca mi mano.
Eso quiero creer
porque la bondad del mundo no puede ser tan poca
porque reconozco su vida, la que fue
como una señal cierta y firme
de una voluntad que acerca, definitivamente,
lo bello del mundo que de verdad nos premia.

Canto de la tarde

Si pudieran las palabras
—como las piedras—
sepultar los cuerpos que se amaron.

Si pudieran erigir templos al olvido,
reales templos
por los que ya no cruzaran
el cuerpo y su temblor.

Si pudieran asegurarnos
que lo sencillo fue el milagro
con toda su tragedia,
aquello pequeño
que pasó
bello
profundo
como el giro estremecido
de una hoja
que se inclina hacia la tarde
roja de vida
y obediente.

Respira hondo el toro herido

y su hocico dilatado es como la noche.
Todo es sed en él
 su bramido
su pesado paso entre fantasmas
sus brillantes ojos
calcinados por el aire que sale de su boca.

Como la noche
su hocico sangra sobre la espesa arena.

El Aro

Rodaban por la montaña
eran un solo río
que atrás dejaba
la carne flagelada de sus padres.

Como un río eran una sola herida
que vagaría por las ciudades
hasta la época de la ceniza.

Un río como un largo puñal eran.

Traían en las manos
amados
afilados huesos
armas o amuletos
tallados con el brillo de los dientes
por si la sombra los volvía a encontrar
ahora huérfanos,
curtidos.

Padre a la distancia

Mi carne es tu carne, padre
desde ella imagino tus ojos jóvenes enamorados de mi madre
en ella laten mis palabras que no aciertan a rasgar el tiempo
mi temor a la oscuridad, hace tanto
deslizándose por la madera de la casa.
Ahora mi carne envejece
y mi corazón se tuerce de esperar;
entre sus vetas arden viejos amores
reptan los deseos que jamás pronuncié,
entre ella oigo tu voz áspera y lejana
que me parte en dos.

Una raíz torcida

Hemos escrito una enorme casa,
su imagen generosa
de altos principios
y descascarada piedra.

Construida sobre el polvo
su quietud es reflejo que contiene
lo que afuera deseamos:
una raíz torcida
para colgar al viento
el cuerpo cansado.

Entre la red el pez espera,
estaca la red que impide su huir.
Agua y pez socavan el hueco del tejido
en un bello intento de fuga.

Perpetuidad su vuelo entre la nube de mar que lo consume.

El pez reconoce pronto en la entraña del agua
el espejo que lo reclama;
bebe su instante de verdad sin alegría.
Vuelve del otro lado de la red cocido.
Igual los hombres acá,
regresan del otro lado de la calle cocidos,
su hambre intacta.

Lo que arde y fluye

*Solo amamos en la vida
las presencias que la cruzan
como mensajeras de otro mundo.*
Nicolás Gómez Dávila

En la palabra
el río
corre cuesta arriba
restituyendo el tiempo,
la vida,
lo arrasado.
Pero vivir es el río que regresa
y los derrumbes,
la violencia de los días
donde existe dios.

Un perro nos espera
en ese fondo imposible que desconoce la palabra,
luminoso permanece
en el envés de la vida
y acá hiere su distancia
hiere su canto bajo la lluvia
su agotada carne, su lengua mansa.

No puede la poesía reconstruir huesos y dientes
y el perro nos observa desde ese fondo imposible que es la muerte;
su impulso, sin embargo, lo hace cardinal.

Ciertas cosas
habitan la potencia de lo innombrado,
ciertos abismos en la vida
tocados jamás por el lenguaje,
cosas iluminadas solo desde su interior
de ligera luz
retenidas en su estado de latencia.

A veces desde afuera algo las enciende;
la poesía que en la vida es aliento
nos devuelve a la abertura
a una imagen descuajada de los signos que se llaman;
la palabra a la distancia
que las saca del pasado
y las arranca de su reposada inexistencia.

Pero en esta habitación todo tiene nombre propio;
un perro observa los días ya sin él,
tiene nombre,
pues es propio de la vida nombrar
todo lo que arde y fluye.

Conocemos el pasado de esas cosas solas
que nos miran desde la imposibilidad,
somos lo elegido por su fuerza.

Transcurrimos entre ellas atentos al polvo
que cada semana les borramos,
son la vida
y para ellas nuestro nombre
es una huella dactilar
o la vuelta que les damos para que el sol no las irrite.

Incólumes persisten.

A diferencia de nosotros,
gozan ellas de un piadoso dios
que las salva de la ruina.

Ese pájaro vino
y se contempló en mis ojos.
Supo que alguna vez
—no sé cuándo—
había sido yo.

Voló atravesando la noche como un sueño
y su nido hecho con mi pelo
ardió en su vientre.

El polvo

Te acordarás de la luz inmóvil
sobre el rostro de tu madre,
del mechón sobre su mejilla
impasible a la ola de los dedos,
al soplo de la tarde
en continua fuga;
recordarás sus cejas pulidas
las zanjas en la frente,
su cuerpo todo
llamado a la frontera.

Te acordarás del fondo del jardín,
de sus grietas como nervios
que lo han hecho más oscuro por remoto;
del mantel y sus signos derramados
bajo un pan renegrido
que urdía la promesa de la sed;
del cigarro en su neblina
velando los ojos de tu padre
y de una naranja en cuyas venas
se anunciaba la intemperie.

Y del polvo,
cómo flotaba entre la casa
cómo resplandecía insistente
cuando la luz lo recobraba de lo hondo
como si desde él
la fragilidad de todo pudiera adivinarse
y su apego a lo más elemental
acentuara el derrumbe de los días.

Recordarás que en abril
las nubes se empuñaban sobre las montañas
y llovía,
mientras ese polvo
como un dios ligero
acababa por cubrir en la cocina
la densidad del fuego.

Recordarás este ahora
y el agua en este vaso,
su temblor casi imperceptible
que revela en los objetos que se observan a través
la opacidad:
un vértigo de extraña aparición
semejante a los prodigios
de lo que te precede.

Sabrás que el polvo guarda el deseo
de lo que hunde;
multiplicidad que reclama en todo lo que existe
la perdida unidad.

Estaciones

Cada tanto
un animal muda su pelaje
y también en el sur
las lluvias empañadas
regresan al mar.

Comenzamos a olvidar del agua
su voluntad
que lava la tierra de tanta fiebre
y olvidamos
después de todo,
que su regreso es el triunfo de la luz.

Una palabra vuelve a asombrarnos;
pasma certero que obliga a creer en lo imposible.

En este extraño pueblo
por el que corren ríos hondos,
reconocen sus gentes
que las casas también mudan
y entre ellas fluye lo inconstante,
reconocen que cada cierta tarde nace un hombre
que lee en las sombra de los árboles
el trascurrir de los milagros;
las pequeñas victorias que lo invisible ordena
como si existiera más
que un impulso irracional sobre todo.

Magdalena

De una vieja ceiba
tres soldados cuelgan un perro de manchas cafés.
Como repitiendo los gestos de un espíritu cruel
intentan desprender la cabeza del animal
intentan separarla de su cuerpo.
Por turnos estiran la cadena
que une al perro con el árbol
fuman,
ríen
toman aguardiente
en improvisadas copas hechas de totumo.

Matan el tiempo entre la selva,
se divierten cuando el perro aúlla
y su llanto animal se extiende tremendo
hasta que al fin la cabeza
del cuerpo se separa.
Entonces toman sus fusiles en silencio
y vuelven por la espesa selva
tranquilos
a sus nocturnas rondas.

Olvido todo

menos a un perro amado,
menos su ternura,
su enfermedad.

Humo la memoria que lo trae de vuelta
que desconoce mis manos
y las horas felices.

Lejanía

Parecida a la música,
la luz
rasga los muros de la casa
y son las habitaciones,
sus objetos,
expuestos al pulso
de lo que va surgiendo y nos contiene
para alejarse en su fatalidad.

Cuando tarda la sombra en poblar la casa,
lo que existe se desborda en lejanía
hondura que a la luz se extiende
como una música violenta en la entrañas
de todo lo llamado del exilio
que palpita
solo para hacernos
este polvo que se eleva.

Meditación

Aquí fumando,
mal hábito deseado,
el letargo es contingencia.
Estirar la mano entre el humo y el cenicero,
amputar la ceniza y de la incisión
extirpar el signo.

Los malos hábitos
se aprenden a escondidas,
mirar bajo el vestido de una monja,
en el vino encontrar la salvación
y ante el gesto generoso de los hombres
confirmar la inexistencia de Dios.

Pertenece al artificio,
a la civilización,
el escándalo.

Por acá, solo el humo que fluye,
la pena del fósforo que no atina
al cuajo.
Cuánta carne sobre la tierra.
Cuántos coágulos.

Treblinka

Sobre el riel que sostiene la última noche
corren a través de la bruma los vagones.
Los vagones,
úteros enfermos,
escupen al detenerse, brazos y cabezas.
Los cuerpos que bajan y caminan hacia el muro
son solo espectros
a quienes después de vagar por fatales geografías
les arrancan de las manos
hijos,
maletas,
ropa disecada por la sangre ajena
por su misma sangre.

Antes de la pólvora,
antes del pánico por su propio corazón,
antes de los coágulos que se extienden sobre la carne
para conservar unidos los fragmentos,
antes que nada,
la boca abierta reclama un gesto
que remede el espíritu humano;
moscardones
aunque sea,
acostumbrados al olor oxidado
de la sangre caliente en las alcantarillas.

Estirpe olvidada

Con cierta música
es lo mismo;
su presencia enuncia
lo lejos de ella que estamos.

Se presiente en pulsos
en el suceder de ciertas amarguras
en signos susceptibles como el amor
que lo tiembla todo y nos revela.

Entre la casa se la siente
creatura de una estirpe ya olvidada.

Patria

El niño recoge espigas de sol.
Vuelve sereno y cantando por el campo.
Revienta sobre su cuerpo el fusil del asesino;
lo embiste la noche.
Vuelan por el aire sus ropas como banderas
de una patria con cualquier nombre.

Secretos

Yo guardo secretos, madre,
que me matan.
Esta fugacidad
es una manera de nombrarlos:
tanto deseo de todo
y la nada ya tan dentro.

Las herencias

Hemos heredado lo bello
de todo lo que nos cubre con su espanto;
la sombra del pino donde cantaba el día
el rincón del cuarto donde murió la pasión.
La luz sostiene hoy una música triste
que sobre el cuerpo se cierra;
luz carnívora que envenena el futuro.
Heredamos, como una enfermedad,
el amor por lo que huye
la herida que cicatriza sobre la herida de siempre,
el largo detenerse de los pasos que se alejan,
los ruidos menos humanos que el pánico hace familiares
como la presencia de Dios.

Poema retórico sobre Spinoza

Desterrado de la sinagoga
Spinoza avanza por la calle
de gabardina rasgada por el puñal del asesino.
Ya sabía que acá la muerte
es apacible destino y flecha de luz.
Sabía que decir persona es como decir rincón de nada,
sabía que solo hay colisiones,
y que definir cualquier cosa es entrar en una relación;
no hay pez puro,
su sustancia es artificio sin realidad ni tiempo.

Pulir lentes como renuncia definitiva,
se necesita de este oficio para hallar la hondura;
la renuncia también es una potencia, no el fracaso.
Así que sobre el mundo, Dios,
en relación a sí mismo
es el rostro de la descomposición
la vida en su más cierto quehacer
ese caer de moscas sobre el sueño de la tierra,
Bacon que desgarrar los objetos,
dientes que sostienen su flujo.

Solo se gana el cielo si se ha sido un buen esclavo;
en el reino animal
morir es un privilegio
los animales siguen su relación con la muerte
sin holocausto, sin esclavitud,
no hay obrero que viva sobre el abismo
sin la muerte en las entrañas,
animal extraviado de la manada
reconoce su estado y calla.

Auto reguladora, la naturaleza se crea y se destruye;
el castor hace presas y el hombre caos.

Paisaje

Vacía

flota en el viento la hoja.

Cae y mientras cae la eternidad penetra.

Su alfabeto, una luz otra, otra constelación

revierte su centro a su decir primero;

raíz, materia sin rostro

árbol ausente

en el paisaje la tarde.

Río abajo

Río abajo
y el río es palabra necia,
entre él las casas, las piedras,
los cadáveres
han afilado sus vertientes.

El río pesa entre las manos,
arrastra el polvo de las mitologías
y el gesto del bautizado que se ahoga
en las catedrales.

En sus aguas nace
lo que del mundo es certeza:
todo fluye a pesar de la tragedia
todo arde
es ese el corazón del tiempo,
ese el único aliento
que en la palabra se puede confirmar.

Olvido

Estarás lejos
cuando en las tardes el aguacero de siempre
esconda golondrinas y gusanos.
Sabrás al fin que olvidar es sólo
esquivar entre las calles
fantasmas
que la luz de los faroles imagina.

El perro muestra frenético sus dientes

y corre con su presa entre la boca
llanura adentro;
ha sido largo el suspiro exhalado por el que ahora es un cadáver
banquete
que entre mordiscos
el hambre y el instinto riñen.
El perro cruza luego la noche,
la tiniebla que para él resulta el mundo humano.
Jadea, lame las magulladuras de sus días
sabe, entiende
qué son la soledad y el destierro,
pero desconoce la función del tiempo,
su impostergable cometido;
envejecerlo todo, acabarlo todo.

Como el perro
mis labios riñen con la vida y tragan luz,
jamás sacian su hambre,
ya adentro
la luz es un rayo
y se extiende por las entrañas del cuerpo
que también cruza la noche
magullado, solitario
consciente de que será cadáver,
banquete del tiempo;
ese otro perro
que llanura adentro,
noche adentro,
todo lo devora.

Celebración

Todavía el hueso sostiene la mejilla caliente del animal,
la crispación de la carne sostiene
la desgarradura y el tajo abierto que libera otra extraña desnudez.
Arden junto al fuego el cuchillo, la lámpara que inició el calor
y algunas de las sílabas que la noche luego del rito devora.
Sobre la mesa los libros derraman hojas secas
que el viento eleva
como un carnaval de fantasmas enardecidos.
El hueso arde y se cuartea
la carne, los tendones silban y todo huele a pan.
Tras el cristal de la ventana danzan libres
sobre la cuerda tendida en algún remoto patio
una falda húmeda, un pantalón
que luchan contra la ingravidez;
presencias de lo humano, de la carne que se persigue y se olvida.
Con una cuchara se revuelven las cenizas
y se disponen como frescas legumbres en los platos junto al pan,
la mesa está servida
no hay mantel
en su lugar una sábana cubre la madera y un cuchillo
corta la lengua para que haya silencio
y brille solo entre el fuego
 el animal desterrado
que cubre todos nuestros huesos.

Destino

Bajo el sol de la sabana pastan las vacas.
Entre la neblina que asciende
aparentes montes se deslizan
en medio de la hierba crecida y despojada
de su vuelo.

Miran todas hacia el mismo rincón de la mañana;
inocentes creen
mientras rumian
estar destejiendo su destino.

Analogía

Una mosca zumba en la claraboya
impertinente se lanza a su cacería ciega.
Desprecio su tonto divagar entre la mesa
la ventana y la tarde;
su vida
tan similar a la mía.

ÍNDICE

La palabra ha muerto	9
Arde Babel	10
Hueso suelto	11
Cuando caiga la última palabra	13
Lo desaparecido	14
La música esa otra luz	15
Apariciones	16
Revelación	17
Lección de vida	19
Calvario	20
Fuego de los días	21
Segovia	23
Éxodo	24
Intemperie	26
Canción de la abuela	27
Brillo de lo triste	28
Centro de la casa	29
Variable	31
Chengue	32
Cuerpo adentro	33
Escribo	35
Observaciones felinas	36
Por estar vivos	37
La belleza	38
Bajo la lluvia	39
Canto de la tarde	40

Respira hondo el toro herido	41
El Aro	42
Padre a la distancia	43
Una raíz torcida	44
Entre la red el pez espera	45
Lo que arde y fluye	46
Ese pájaro vino	49
El polvo	50
Estaciones	52
Magdalena	53
Olvido todo	54
Lejanía	55
Meditación	56
Treblinka	57
Estirpe olvidada	58
Patria	59
Secretos	60
Las herencias	61
Poema retórico sobre Spinoza	62
Paisaje	64
Río abajo	65
Olvido	66
El perro muestra frenético sus dientes	67
Celebración	68
Destino	69
Analogía	70

Camila Charry Noriega (Bogotá, Colombia, 1979) Es profesional en Estudios literarios y maestra en Estética e Historia del arte. Ha publicado los libros *Detrás de la bruma*; *El día de hoy*; *Otros ojos*; *El sol y la carne* y *Arde Babel*, este último reeditado en México y Guatemala. Es co-editora del fanzine *La trenza*, que aborda la poesía escrita por mujeres en Colombia. También hace parte del comité editorial de la colección de poesía *Respirando el verano*. Ha participado en diversos encuentros de poesía y literatura en Colombia, América, Europa y África. Algunos de sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, rumano, polaco, portugués, árabe e italiano.

Otros títulos de Limón Partido:

- Elizabeth Neira (Santiago de Chile, 1973), *Abyecta*.
 Elma Murrugarra (Lima, 1974), *al sur en caral*.
 Alan Mills (Guatemala, 1979), *Síncopes*.
 Nicolás Alberte (Montevideo, 1974), *unapalabramáslargaquelanoche*.
 Alfredo Trejos (San José, 1977), *Arrullo para la noche tóxica*.
 Marco Fonz de Tanya (México, 1965), *Vocación de estragos*.
 Tanya de Fonz (Guadalajara, 1976), *Canto de cerdos*.
 Ingrid Solana (Oaxaca, 1980), *De tiranos*.
 Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
 Ana Rüsche (São Paulo, 1979), *Rasgada*.
 Nicole Delgado (San Juan, 1980), *Violencias cotidianas*.
 René Morales Hernández (San Luis Potosí, 1980), *Bestiario del Perro*.
 Héctor Hernández Montecinos (Santiago de Chile, 1979), *NGC 224*.
 Gema Santamaría (Managua, 1979), *Transversa*.
 Ernesto Carrión (Guayaquil, 1977), *Demonia Factory*.
 Pablo Benítez (San Salvador, 1982), *Rabo de Perro*.
 Javier Norambuena (Santiago de Chile, 1981), *Humedales*.
 María Eugenia López (La Plata, 1977), *Arena*.
 Elisa Andrade Buzzo (São Paulo, 1981), *Noticias de ninguna parte*.
 Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978), *Transterra*.
 Balam Rodrigo (Villa de Comaltitlán, 1974), *Icarías*.
 Luis Téllez-Tejeda (Naucalpan, 1983), *Media tarde*.
 Alex Piperno (Montevideo, 1985), *Sahara*.
 Fernando Trejo (Tuxtla Gutiérrez, 1985), *Travelling*.
 Javier Alvarado (Santiago de Veraguas, 1982), *Carta natal al país de los locos*.
 Javier Raya (Ciudad de México, 1985), *Ordalía*.
 José Manuel Barrios (Montevideo, 1983), *Yoga*.
 Jesús Bartolo (Atoyac de Álvarez-Guerrero, 1970), *Iconografía de un Duelo*.
 Ariadna Vásquez (Santo Domingo, 1977), *El libro de las inundaciones*.
 Paula Ilabaca (Santiago de Chile, 1979), *Ciudad lucía*.
 Daniel Rojas Pachas (Lima, 1983), *Soma*.
 Guadalupe Galván (Ciudad de México, 1973), *Sólo la música*.
 José Córdoba Porcón (La Libertad-Perú, 1979), *Animal desbocado*.
 Jamila Medina Ríos (Holgúin, 1981), *Primaveras cortadas*.
 Lauri García Dueñas (San Salvador, 1980), *El tiempo es un texto indescifrable*.
 Yaxkin Melchy (México, 1985), *Los Planetas*.
 Wingston González, (Livingston, Guatemala, 1986), *San Juan-La Esperanza*.
 Manuel de J. Jiménez, (Ciudad de México, 1986), *El final del estado*.
 Maiara Gouveia, (São Paulo, 1983) *Antes que se rompa el hilo de plata*.
 Legna Rodríguez Iglesias (Camagüey, 1984), *Chicle (ahora es cuando)*.
 Elena Salamanca, (San Salvador, 1982), *Peces en la boca*.
 Ben Clark, (Ibiza, 1984), *Los últimos perros de Shackleton*.
 Juan Salzano (Buenos Aires, 1980), *¡Afrodictum!*
 Eduardo de Gortari (Ciudad de México, 1988), *Código Konami*.
 Milenka Torrico (Cochabamba, 1987), *Preview*.
 Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
 Denisse Vega Farfán (Trujillo, 1986), *El primer asombro*.



Y Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra.